

Nuestro hogar celestial (Juan 14:1-3)

Introducción

El Señor continúa el sermón que comenzó tras la salida de Judas. Lo más probable es que todavía estuvieran alrededor de la mesa donde habían comido la pascua. En todo caso el tema seguía girando sobre la afirmación que el Señor había hecho un poco antes: *“A donde yo voy, vosotros no podéis ir” (Jn 13:33)*. Como ya hemos visto, Pedro fue el primero en quejarse, pero no hay duda de que también todos los demás discípulos habían quedado perplejos. Para ese grupo de hombres que lo habían dejado todo para seguirle, el anuncio de que él iba a un lugar a donde ellos no le podían seguir los dejaba turbados. Además, llevaba días hablando continuamente de su muerte. ¿Cómo no iban a sentirse decepcionados al ver que sus esperanzas mesiánicas quedaban en nada? ¿Qué pensarían cuando unas horas después vieran a su Maestro en manos de sus enemigos que lo llevaban a la cruz? Sin lugar a dudas se sentirían abandonados y expuestos a la burla y a la persecución de los enemigos de Cristo.

Pero además de su partida, había otras cosas que también les agobiarían. Durante la cena Jesús había anunciado la traición de uno de los doce, y un poco después dijo que Pedro, un destacado apóstol, le iba a negar tres veces. Parecía que todo aquello en lo que ellos habían confiado se estaba desmoronando por momentos. Si la devoción de sus discípulos era tan poco fiable mientras que todavía Jesús estaba con ellos, ¿qué sería una vez que él se hubiera ido?

El Señor vio aparecer la consternación en el rostro de sus discípulos y se dispuso a alentarles. Es verdad que él mismo se enfrentaba en esas horas al sufrimiento incomparable de la cruz, pero una vez más el Señor no pensaba en sí mismo sino en las duras pruebas que esperaban a sus discípulos.

Así que, a lo largo de este capítulo encontramos una amplia serie de promesas que el Señor hizo a sus discípulos con el fin de fortalecerles frente a los difíciles momentos que en breve tendrían que atravesar, y que también les capacitarían para llevar a cabo la misión que les iba a encomendar una vez que él partiera con el Padre.

Para empezar, en estos tres primeros versículos, el Señor les explica que su partida tenía como finalidad preparar una morada para ellos en la casa de su Padre en el cielo, desde donde iba a regresar para llevarles allí a fin de que estuvieran ya siempre con él. Un poco más adelante les dirá también que mientras que ese momento llega, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo habían de venir a establecer su morada dentro de los corazones de sus discípulos aquí en la tierra (**Jn 14:17,23**). Además, el Señor les iba a capacitar para hacer obras mayores que las de él (**Jn 14:12**), les mostrará las ilimitadas posibilidades de la oración (**Jn 14:13**) y les dejará su paz (**Jn 14:27**). Como vemos, no se trataba de huecas frases de aliento, como las que tantas veces decimos nosotros, sino que les dio un sólido consuelo basado en hechos concretos.

Así pues, el Señor comienza con una exhortación:

“No se turbe vuestro corazón”

(Jn 14:1) “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.”

El verbo griego que aquí se traduce por “*turbar*” expresa una conmoción que invade toda la persona, una sensación de miedo, un escalofrío. En otras ocasiones este mismo verbo se usaba para describir la agitación de un mar embravecido.

Era un hecho que los discípulos estaban turbados, pero el Señor quería llevar la calma a sus agitados corazones, que como ya hemos dicho, en esos momentos empezaban a encontrarse hundidos en un estado de confusión y perplejidad.

La turbación del corazón es una experiencia bien conocida por todos nosotros también. Los motivos pueden ser muy variados: el anuncio de una enfermedad de difícil curación, la pérdida de un familiar querido, la quiebra económica por falta de trabajo, la inquietud que nos produce lo que amamos o lo que tememos. Como muy bien dijo el salmista, esta vida presente es “*un valle de lágrimas*” (**Sal 84:6**).

El Señor podía animarles en esa situación porque él mismo conocía muy bien esa sensación. El mismo verbo que encontramos aquí fue usado para expresar la conmoción que sufrió Jesús ante la tumba de Lázaro (**Jn 11:33**), cuando habló de su propia muerte (**Jn 12:27**), o cuando anunció durante la celebración de la última pascua la presencia de un traidor que lo iba a entregar (**Jn 13:21**). Por lo tanto, el Señor estaba plenamente capacitado para consolarlos, puesto que tenía la comprensión de quien ha sufrido lo mismo, y la autoridad de quien había vencido las pruebas más difíciles. Así que, su exhortación fue pronunciada con un tierno amor y una profunda comprensión de lo que ellos estaban atravesando en esos momentos.

Ahora bien, casi en todas las ocasiones en las que nosotros sufrimos sólo pensamos en nosotros mismos y en nuestro dolor. Eso era también lo que ocurría con los apóstoles en aquellos momentos: sólo estaban preocupados de su situación, pero, ¿alguno de ellos fue capaz de percibir el dolor en el rostro del Señor? No olvidemos que para que él pudiera llegar a ofrecernos consuelo, previamente fue necesario que él pasase por la más intensa de las agonías, la de la Cruz. Por lo tanto, Cristo se presenta aquí como el pastor que sufre para aliviar a sus ovejas que no entienden nada de lo que a él le está ocurriendo. Aunque nosotros, que ahora somos creyentes, deberíamos ser capaces de valorar y agradecer lo que él pasó para podernos traer alivio y paz.

“Creéis en Dios, creed también en mí”

Aquí se nos ofrece el único remedio eficaz contra la turbación de corazón: la fe en Dios. Este es el mejor bálsamo para aliviar los corazones atribulados. Veamos cómo lo expresó el profeta:

(Is 26:3) “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado.”

En muchas ocasiones la angustia llama a nuestras vidas por mil y una razones, y en cada caso es una nueva ocasión para renovar nuestra confianza en Dios y en su Hijo. No hay duda de que ésta es una de las razones por las que Dios permite las pruebas en nuestra vida.

Ahora bien, el antídoto contra la turbación no consiste simplemente en tener fe, sino de tener fe en el Hijo y en el Padre. Aclaremos esto porque popularmente se dice que “lo importante es creer en algo”, pero ese concepto no tiene nada que ver el concepto bíblico de fe. Aquí lo encontramos bien definido: “*Creed en Dios, creed también en mí*” (esta es también una forma correcta de traducir esta frase puesto que en el original griego la forma usada por los dos verbos es la misma y puede traducirse tanto como presente de indicativo o como presente activo de imperativo).

En todo caso, independientemente de cómo traduzcamos estos verbos, queda claro que somos exhortados a creer por igual en el Padre como en el Hijo. Y con esto llegamos a uno de los temas principales del evangelio de Juan. No es posible creer correctamente en Dios sin creer del mismo modo en Cristo. Cualquier creencia genuina en Dios conducirá a la fe en el Hijo. Si creemos en el Padre, como consecuencia lógica también creeremos en el Hijo a quien él envió. Notemos que en un momento nos va a decir que Jesús es el único camino auténtico para llegar al Padre (**Jn 14:6**), por lo tanto, es imposible tener al Padre si no se llega a él a través del Hijo.

Pero pensemos por un momento en lo que esto implicaba para aquellos primeros discípulos: lo que ahora se les estaba pidiendo es que creyeran en el Hijo de la misma forma en que creían en Dios. Ellos no tendrían ninguna dificultad en creer en Dios como aquel que había obrado durante siglos en la historia de su pueblo, pero creer que Jesús era uno con el Padre en ese sentido esencial del que aquí se nos está hablando, era algo que necesariamente les tendría que resultar difícil, sobre todo en las próximas horas cuando le vieran colgado en una cruz ante las miradas burlonas de los judíos. Tener una fe de ese tipo en Jesús en medio de esas circunstancias no era cualquier cosa.

En todo caso, la implicación clara de este mandamiento de Jesús a sus discípulos es que él es Dios. Tanto aquí, como en el resto del evangelio, Jesús se ha presentado ofreciendo un conocimiento exacto de cómo es Dios y del camino para llegar a él. También ha defendido una y otra vez que él había sido enviado por el Padre con una misión divina y que mantenía con él una comunión profunda e íntima. Con todo ello estaba reivindicando lo que aquí dice con total claridad: que él es uno con el Padre en esencia. Si él no fuera verdadero Dios con el Padre, exigir que los hombres depositen en él su fe como lo hacen en el Padre, sería una blasfemia insoportable, un llamamiento a la idolatría.

Por otro lado, lo que les estaba diciendo era que si querían vencer el estado de turbación en el que se encontraban, tendrían que crecer en su fe. Es verdad que la fe más débil es capaz de unir al hombre con Dios de modo que pueda salvarse, pero sólo una fe madura está preparada para vencer las pruebas y producir la paz. Por eso el Señor quería que crecieran en la relación que hasta ese momento habían tenido con él.

Uno de los aspectos más importante en los que su fe debía madurar tenía que ver con la forma en la que se relacionaban con él. Hasta ese momento Jesús había estado a su lado de una manera visible y física, pero a partir de los acontecimientos que en unas horas se iban a desencadenar, tendrían que empezar a creer en él como hasta ahora habían creído en Dios; sin verle. Su fe tendría que madurar para llegar a cubrir el abismo entre lo visible y lo invisible.

Finalmente los discípulos superaron esa prueba, de tal manera que el mismo apóstol Pedro escribió a los creyentes que atravesaban duras pruebas para exhortarles con los mismos principios que encontramos aquí:

(1 P 1:6-9) *“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.”*

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay”

(Jn 14:2) *“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy pues, a preparar lugar para vosotros.”*

A continuación el Señor les hizo una promesa con la que nuevamente sorprendería a sus discípulos. Era evidente que ellos estaban esperando que Cristo estableciera su Reino en este mundo de manera inmediata, sin embargo, lo que les anunció fue que él se disponía a partir para preparar un lugar para ellos en la casa de su Padre en el cielo. Con esto quedaba claro que por el momento no iba a establecer un Reino terrenal en este mundo tal como ellos estaban esperando. Por el contrario, el Señor dirigió sus miradas hacia el cielo, en donde finalmente se reunirían con él. Por supuesto, esto no anulaba la promesa de un Reino terrenal que tantas veces había sido expuesta en el Antiguo Testamento, pero sí que lo colocaba en un orden diferente al que ellos esperaban.

En todo caso, quedaba claro que a partir de este momento ellos se estaban convirtiendo en peregrinos en este mundo, personas que no tenían un lugar permanente aquí, sino que se dirigían hacia una meta más allá. Y es importante que cada uno de nosotros, quienes también hemos sido llamados a ser peregrinos en este mundo, no dejemos de mirar hacia delante a ese mismo destino final del que el Señor habló, porque de otro modo, fácilmente nos desalentaremos en los momentos difíciles del camino.

En este sentido ellos volvían a tomar el papel del pueblo de Israel en sus años de peregrinaje por el desierto con Moisés, cuando se dirigían a la Tierra Prometida. Es interesante notar cierto paralelismo entre lo que ocurrió en aquella época con lo que el Señor dice aquí. Mientras Israel se encontraba en el desierto, Dios les prometió que su presencia les acompañaría a través de todo el camino, y también les aseguró que él iba delante de ellos a prepararles una herencia en la que fluía leche y miel (**Ex 3:7-8**). Y ahora es el Señor Jesús quien hace a sus atribulados discípulos una promesa parecida, aunque mucho mayor. Él iba a partir delante de ellos para preparar moradas para ellos.

Ahora bien, ¿en qué consistía la promesa del Señor? Él dijo que iba a preparar “*morada*” para ellos en la casa de su Padre. En primer lugar, una “*morada*” es un lugar donde estar, un sitio donde morar. Notamos también que el lugar donde iba a preparar esas moradas iba a ser en “*la casa de su Padre*”. El Señor había usado la misma expresión al comienzo de su ministerio público para referirse al templo (**Jn 2:16**). Y en este sentido es interesante notar que en el templo había numerosas dependencias y estancias en las que los sacerdotes y levitas realizaban distintos servicios relacionados con el culto a Dios. No obstante, no hay duda de que el Señor no se estaba refiriendo aquí al templo terrenal, sino al celestial (**He 9:11,24**), pero está estableciendo una asociación de ideas: de la misma manera que en el templo en Jerusalén se habían construido moradas para aquellos que servían en él, ahora el Señor iba al cielo para, en la verdadera casa de Dios, eterna, celestial y gloriosa, preparar moradas para su pueblo desde las que puedan continuar sin cesar con su servicio a Dios de una manera ya perfecta.

Pero en el evangelio de Juan el término “*morada*” incluye mucho más que simplemente una habitación. Implica también comunión con Dios. Notemos lo que dice en (**Jn 14:23**): “*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*”.

Esto es importante subrayarlo, porque si el cielo fuera un lugar muy bonito, pero donde nos encontráramos solos, no pasaría de ser una jaula de oro en donde moriríamos de aburrimiento. El Señor dijo que allí había muchas moradas, porque serán muchos los que estarán allí. Podemos ver a todos aquellos santos de los que nos hablan las Escrituras,

también estarán nuestros seres queridos que fueron creyentes y una innumerable multitud de creyentes de todos los tiempos, pero lo más importante de todo es que estaremos con el Señor, aquel que tanto nos amó y estuvo dispuesto a dar su vida por nosotros para salvarnos de la condenación eterna.

Por lo tanto, lo que Jesús deseaba era llevar consigo a sus discípulos a la casa de su Padre a fin de tener comunión con ellos y llevarlos a formar parte de su familia. Podríamos decir entonces que el término “*morada*” implica el concepto de hogar, un lugar íntimo y querido en el que podremos tener comunión con el Padre. El Hijo, como heredero universal del Padre quiere acoger en su hogar a sus discípulos, llevándolos a una relación de confianza y cercanía con el Padre (**Jn 20:17**): “*Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*”. Allí habremos llegado a nuestro verdadero hogar y estaremos en familia. Tal vez en este mundo hemos pasado por muchos alojamientos y hemos tenido que hacer numerosos cambios debido a las circunstancias más diversas, pero allí estaremos en nuestra morada eterna y permanente, porque será una casa no hecha de manos que no se derrumbará nunca (**He 13:14**).

Todo esto marca un profundo contraste con todo lo que había ocurrido anteriormente. Pensamos, por ejemplo, en el momento en que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, o la ocasión cuando el Señor se manifestó en la cumbre del monte Sinaí y dio órdenes concretas a Moisés para que el pueblo no se acercara y muriera (**Ex 19:20-21**). A diferencia de ese Dios distante, por medio de la obra de Cristo, ahora se nos presenta como un Dios cercano y personal que busca la comunión íntima con su pueblo.

Como creyentes es importante que meditemos con frecuencia en estos hechos, porque de otro modo, como alguien dijo: “¡Qué fríos e insensibles deben ser los corazones de los que nunca piensan en esa morada celestial! La mente que nunca medita en el cielo debe ser tediosa y terrenal”. Aquí añadimos algunos pasajes más que nos hablan del cielo y en los que siempre es reconfortante pensar:

(Ap 21:27) “*No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.*”

(Ap 22:5) “*No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.*”

(Ap 7:16-17) “*Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.*”

(Ap 21:4) “*Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.*”

El cielo es seguro para los creyentes

Un importante motivo de ánimo para los discípulos era que el cielo es un lugar seguro para ellos. La palabra de Cristo es la mayor garantía para esa seguridad: “*si así no fuera, yo os lo hubiera dicho*”. No debemos tener la menor incertidumbre al respecto. Cristo nunca había engañado a sus discípulos, y en este momento tampoco iba a suscitar falsas esperanzas en ellos.

Veamos cómo lo expresó el apóstol Pedro:

(1 P 1:3-5) “*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección*

de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.”

“Voy pues, a preparar lugar para vosotros”

El Señor les había hablado de su partida y les había dicho que ellos no le podían seguir por el momento. Ahora les explica que esa partida no implicaba una separación permanente de ellos, de hecho, él no iba a abandonarlos, sino que se disponía a preparar un lugar para ellos en el cielo, en la casa de su Padre a fin de que pudieran estar siempre juntos.

La figura es fácil de entender; tiene que ver con anfitrión que se adelanta a sus invitados para tener todo preparado cuando ellos lleguen. O visto desde otro punto de vista, podemos recordar la manera en que “*el arca del pacto de Jehová*” fue delante de los israelitas en el desierto “*buscándoles lugar de descanso*” (**Nm 10:33**). Aquí se trata del mismo Señor quien ha ido al cielo a preparar lugar para su pueblo. Con esto coincide lo que el autor de Hebreos expresó en (**He 6:16-20**). Notemos especialmente el último versículo donde Cristo es presentado como nuestro “*precursor*”, y quien garantiza nuestra esperanza más allá de cualquier duda.

Ahora bien, aquí surge una pregunta importante: ¿En qué sentido era necesario preparar el cielo para que los hombres pudieran morar allí?

Para contestar a esta pregunta podemos comenzar pensando en un hecho histórico: si Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso terrenal cuando pecaron, cuánto más el hombre tendrá cerradas las puertas del Paraíso celestial. Por lo tanto, desde ese punto de vista, sería necesario “*preparar*” a los hombres pecadores para entrar en el cielo. Y esto es lo que Cristo se disponía a hacer en aquellos momentos cuando moriría en la Cruz en lugar del pecador. A partir de ese momento Cristo se convertiría en la Puerta y el Camino al Padre para todos aquellos que decidieran aceptarle como su Señor y Salvador. Por lo tanto, en este sentido podemos decir que por medio de la obra de la Cruz el Señor nos ha hecho aptos para estar en la casa del Padre.

Ahora bien, aunque esto que acabamos de decir es completamente cierto, el énfasis de lo que el Señor dijo no tenía tanto que ver con nosotros sino con el cielo. Notemos que él no dijo: “*voy a prepararos a vosotros para que podáis entrar en el cielo*”, sino que sus palabras fueron: “*voy a preparar lugar para vosotros*”. Por lo tanto, sin descartar lo anterior, debemos pensar un poco más en estas palabras.

Hasta ese momento ningún hombre había podido entrar en el cielo con un cuerpo glorificado, libre de los terribles efectos del pecado. Esto cambió completamente con la ascensión de Cristo al cielo después de su resurrección. Así que, aunque la Biblia no nos ofrece más detalles, podemos pensar que el cielo sufrió cierta transformación, convirtiéndolo desde ese momento en un lugar apto para hombres glorificados. Y en este sentido podemos ver a Cristo como “*el primogénito entre muchos hermanos*” (**Ro 8:29**).

Intimamente relacionado con esto último aún podríamos pensar que las moradas que Cristo ha ido a preparar en el cielo pueden tener que ver con nuestros cuerpos de resurrección como el de Cristo. Esto se vería apoyado por lo que dijo el apóstol Pablo:

(2 Co 5:1-4) *“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra*

habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.”

En este pasaje el apóstol se refiere al nuevo cuerpo que recibiremos como morada eterna y gloriosa cuando el presente cuerpo terrenal se haya deshecho completamente. El pasaje es muy hermoso y compara con exactitud el presente cuerpo con un tabernáculo, una tienda de campaña, un lugar temporal para habitar. Esto describe perfectamente el estado transitorio de nuestra existencia en el presente, cuando vemos cómo nuestros cuerpos se van deteriorando de manera irremediable; se envejecen, enferman, pierden facultades, se debilitan... Pero frente a la precariedad presente, Cristo nos ha preparado *“un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”*. Un cuerpo nuevo infinitamente superior al actual, hecho a la imagen de Cristo y que será nuestra morada eterna.

¡Qué bendición tan grande! ¡Hombres pecadores, débiles y miserables, llamados para estar en el cielo junto a Cristo durante toda la eternidad! Por el momento él ya ha entrado en el cielo como nuestro Sumo Sacerdote, llevando nuestros nombres escritos sobre su pecho e intercediendo constantemente por nosotros ante el Padre, pero un día vendrá a por nosotros para que estemos allí. Cuando eso ocurra, no seremos seres extraños, sino que veremos que ya se nos conocía, se pensaba en nosotros y se nos esperaba.

Actualmente vivimos en un mundo que constantemente nos quiere hacer pensar en el presente y nos ofrece placeres temporales, ignorando completamente las limitaciones de nuestra mortalidad. Pero Cristo nos ofrece una visión infinitamente mejor y más realista. Nos habla de la vida eterna, de un hogar permanente en la casa de su Padre, con cuerpos libres de los efectos del pecado. Por supuesto, las personas de este mundo, que no tienen esta esperanza, se tienen que agarrar desesperadamente a los pequeños placeres temporales que este mundo les pueda ofrecer, pero nuestra actitud como cristianos debe ser muy diferente:

(Col 3:1-7) “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas.”

“Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo”

(Jn 14:3) “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”

Cristo no sólo iba a prepararles lugar en la casa del Padre, sino que una vez que lo hubiera hecho, les anuncia que retornaría para venir a llevarlos a su morada eterna: *“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez”*.

¿A qué momento se refería el Señor cuando dijo: *“vendré otra vez”*?

Algunos lo interpretan como una referencia a su regreso con sus discípulos tras la resurrección. Otros creen que se trata de una *“venida espiritual”* a través del Espíritu

Santo para estar con su pueblo hasta que los lleve con él al cielo cuando mueran. Sin lugar a dudas, cualquiera de estas dos opciones son ciertas y quedan reflejadas en distintos versículos de este capítulo (**Jn 14:18,23**).

Pero habiendo dicho esto, seguramente debamos admitir que el acontecimiento que mejor se adapta a lo que el Señor dijo aquí tiene que ver con su futura Venida en gloria a recoger a su pueblo en las nubes. Tal como leemos en otros pasajes (**1 Ts 4:13-18**) (**1 Co 15:51-58**), se trata de una Venida literal y personal de Cristo, un momento en que todos los que han muerto en la fe serán resucitados, y los que estén vivos cuando él regrese, serán transformados para ser llevados a su hogar celestial. Es importante no confundir esta venida del Señor a arrebatarse a su iglesia con su otra Segunda Venida a este mundo para juzgar y establecer su Reino terrenal.

Es una gran bendición mirar hacia adelante para ver a Cristo viniendo por segunda vez para llevar con él a sus discípulos. El propósito de esta promesa era transmitir ánimo a aquellos atribulados discípulos. Sin lugar a dudas, la idea de estar separados del Señor les inquietaba y por eso les prometió que él regresaría a por ellos. Esto es importante, porque tener un lugar reservado en el cielo es una cosa, pero otra muy diferente es llegar allí, por eso, lo que el Señor les promete aquí es que él mismo regresaría para llevarles: *“Y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”*.

Notemos que el énfasis del Señor no está puesto en el lugar a donde él los iba a llevar, sino en la reunión de Cristo con su pueblo: *“para que donde yo estoy, vosotros también estéis”*. Al fin y al cabo, el encanto del cielo viene dado por la presencia del Señor. Si él no estuviera allí, aun el sitio más glorioso se volvería aburrido y solitario. Pero esto no va a ocurrir.